

Las variaciones en las percepciones colectivas de las extensiones

Por GEORGES GURVITCH

Profesor en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de París (Sorbona). Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*, vertida del francés por *Oscar Uribe Villegas*.

INTRODUCCIÓN

Aún hoy, se está lejos de haber estudiado con alguna precisión el aspecto colectivo de las percepciones; en especial el de las formas de percibir las extensiones. No sólo no se han vuelto a colocar esas percepciones —de modo suficiente— en los diferentes marcos sociales en los que se realizan ni se ha considerado bastante la penetración del mundo exterior percibido por significaciones y perspectivas sociales, sino que —más aún— no se ha tomado conciencia del hecho de que los nosotros, los grupos, las clases y las sociedades globales pueden percibir con los mismos títulos que los individuos (los yo y los otros) o sea, que pueden funcionar como *hogares focos de los estados mentales* a los que se llama *percepciones*.

Una carencia tal, en el estudio de las percepciones colectivas de las extensiones, es tanto más sorprendente cuanto que no se ha dejado de disertar sobre los “medios” (natural, geográfico, morfológico, ecológico, técnico) en que evolucionan los grupos y las sociedades. Y estos medios son del dominio de lo percibido; toda modificación en la percepción de las extensiones modifica el medio tanto como ella misma es modificada por él. Puede parafrasearse a Bergson, para quien “la percepción en estado puro, constituiría una parte de las cosas”,¹ “coincidiría con las

¹ *Matière et Memoire*, p. 57.

cosas”,² “nos colocaría de inmediato en las cosas”,³ dependería aún de la materia⁴ “siendo la extensión la calidad más aparente de la percepción”⁵ y puede llegarse, por este camino, a la siguiente fórmula: *Las percepciones colectivas de las extensiones forman parte de estas últimas en mayor grado que los sujetos que realizan dichas percepciones.*

Una de las razones de la falta señalada depende de la falta de conciencia que se tiene sobre el papel primordial que tiene la percepción colectiva de las extensiones para la orientación en el mundo exterior, en primer término y, en seguida, en el mundo social. Los sujetos colectivos (el nosotros, los grupos, las clases, las sociedades globales) como los sujetos individuales, encuentran sin cesar, obstáculos que se oponen a sus empeños, a sus actividades, a sus deseos. Las extensiones son del número de tales obstáculos. Es en lucha contra ellos, y en el intento de dominarlos, como perciben los sujetos. En esta lucha, se produce una selección propia de toda percepción; selección que depende de marcos de referencia que tienden a coincidir con los marcos sociales. Por esta razón, un número considerable de percepciones, incluso individuales, son controladas y sugeridas por criterios colectivos. Y ¿cómo podría ser en otra forma? Bástenos considerar este hecho: una percepción individual que se aislara de los criterios colectivos correría el riesgo muy grave de volverse imaginaria y fantasmagórica. Las extensiones y los tiempos percibidos sólo de modo individual son propios de un hombre descarriado, perdido en el mundo exterior y en el mundo social, e incapaz de hallarse en ellos. En el límite, se trata de la extensión y el tiempo de la locura, o, por lo menos, de los estados sicopatológicos.

Hay más. Toda percepción, con inclusión de la de las extensiones, *forma parte de nuestra existencia, tanto colectiva como individual*, y no podría ser separada de ella. En cuanto conjuntos, las extensiones y los tiempos son, en primer término, perceptibles por los conjuntos, por sujetos de percepciones colectivas, en las que *participan*, con diferentes grados de intensidad, las percepciones individuales e interindividuales. Estas últimas pueden entrar con las primeras en relaciones dialécticas de complementariedad, de ambigüedad, de implicación mutua, de reciprocidad de perspectivas, sin que por ello se polaricen normalmente con ellas.

La teoría de los conjuntos (*Gestalt*) ha mostrado que el objeto de la percepción es, en primer término, una totalidad y precede a las sensaciones aisladas que no son sino abstracciones hechas de acuerdo con los dife-

² *Idem*, p. 60.

³ *Idem*, p. 61.

⁴ *Idem*, p. 275.

⁵ *Idem*, pp. 274-7.

rentes puntos de vista. Kurt Lewin, un gestaltista que pasó a la psicología social y colectiva y de ahí a la sociología, ha mostrado, en su “teoría topológica”, que existiría multiplicidad de “terrenos” o “campos” (*fields*) en los que se diversificaría la percepción de los conjuntos; en particular la de las extensiones. Desde este punto de vista no podemos hacer otra cosa que unirnos a la declaración del llorado Merleau-Ponty para quien: “La noción de sensación —una vez introducida— falsea cualquier análisis de la percepción. Percibir no es experimentar una multitud de impresiones . . . ; es, en primer término, ver cómo surge o brota, de una constelación de datos, un sentido inmanente.”⁶ Pero, nosotros no daremos nuestro pleno acuerdo a otra afirmación del mismo autor: “Nuestra relación con lo social, como nuestra relación con el mundo, es más profunda que cualquier percepción.”⁷ Si con esto quiere decir que nuestra existencia tiene primacía sobre nuestra percepción, hay en ello algo que parecería indiscutible. Pero, no hay que olvidar que percibir es una manera de existir, tanto colectiva como individual y que, además, si bien es cierto que la existencia orienta la percepción, no es menos cierto que ésta, a su vez, puede orientar la existencia tanto en el mundo exterior como en el mundo social, aun cuando no sea sino uno de sus aspectos.

Es bastante notable constatar que las representaciones de la “psicología colectiva” practicada a la manera francesa (y de la que son representantes Durkheim, Blondel, Halbwachs), así como las de la “psicología social” practicada a la manera estadounidense, han permanecido fieles, por mucho tiempo, a la interpretación clásica de la percepción. Es por este hecho, por lo que no le han reconocido la importancia capital que tiene tanto en la vida síquica colectiva como en la realidad social de la que forma parte.

Durkheim, por ejemplo, que se mostraba muy inclinado a exagerar la coloración intelectual de la mentalidad colectiva, la concentró —en demasía— en las “representaciones colectivas” y en las “categorías”. Sus consideraciones sobre el origen social tanto del espacio como del tiempo habrían debido incitarle, con todo, a plantear el problema de las percepciones colectivas. Asimismo, los dos únicos durkheimianos que enfocaron este problema —Charles Blondel y Maurice Halbwachs— creyeron que el aspecto colectivo de las percepciones provenía exclusivamente de los conceptos colectivos implícitos; es decir, de la intervención de la razón, cuyo origen es social. Ellos no consideraron, en modo alguno, el hecho de que las percepciones podían ser colectivas *en tanto que son estados*

⁶ *Phénoménologie de la Perception*, 1945, pp. 21-30.

⁷ *Ibid.*, p. 415.

mentales (ante todo, *acto mental*) tal como los juicios y su engranaje en el conocimiento; no vieron que el papel de esas percepciones consistía en asegurar la orientación indispensable de los Nosotros, de los grupos, de las clases, de las sociedades, en el mundo. Es por esto por lo que Blondel cree que sólo la “percepción genérica” que aplica medidas es colectiva. En cuanto a Halbwachs, si bien él insiste, con razón, en el hecho de que toda percepción “está penetrada profundamente por lo colectivo”, coloca esto *tras* las representaciones colectivas, las clasificaciones, las categorías, el razonamiento, la memoria y los juicios, y no le consagra sino tres páginas. Esto habla de la poca importancia que le concede.⁸

Lucien Levy-Bruhl fue el único sociólogo francés que puso de relieve la importancia, primordial para la vida social, de las percepciones colectivas tanto de las extensiones como de los tiempos.⁹

Pero, prisionero del dualismo que estableció entre el misticismo de la mentalidad primitiva y la racionalidad de la mentalidad civilizada, no estudió las variaciones de las percepciones colectivas en los diferentes tipos de sociedades arcaicas e históricas y, asimismo, no pudo llegar a revelar la diferencia esencial entre la percepción de las extensiones y la de los tiempos.

En cuanto a la sicología social estadounidense, podemos decir que en ella notamos que, entre los innumerables manuales que consagra a esta disciplina es difícil encontrar, hasta estos últimos tiempos, alguna cosa que sea algo más que una mención del problema de la percepción y de sus aspectos sociales.

La sicología social estadounidense ha estado preocupada de tal modo por temas que se han vuelto clásicos —la socialización, la comunicación, los papeles sociales, la personalidad humana, la interacción, el estímulo, la adaptación, la propaganda, la “opinión pública” y otros— que no ha tomado conciencia de esta situación sino en forma penosa y tardía. No se ha percatado sino tardíamente de que la percepción —en cuanto permite la orientación en el seno del mundo exterior y del mundo social— es uno de los capítulos más importantes de la sicología social, la cual, por su parte, no es posible sino en cuanto se funda sobre la sicología colectiva. Señalemos, a este respecto, que el *Handbook of Social Psychology*, en dos volúmenes, publicados en 1954 bajo la dirección de Gardner Lindsay (y que sigue constituyendo una autoridad) no consagra sino algunas páginas, sumarias, a la percepción de los otros, y permanece mudo sobre la per-

⁸ Halbwachs, Maurice: *Psychologie Collective*, 1938. Curso reproducido en mimeógrafo.

⁹ Cf. Particularmente su segunda obra: *La Mentalité Primitive*, 1922.

cepción del mundo exterior y del mundo social en su conjunto! Y esto a pesar de la contribución de Muzafer Schérif (sicosociólogo turco que trabaja en Estados Unidos de América) quien, fuertemente influido por el gestaltismo y por la sicología colectiva francesa, le consagró a la percepción ya desde que publicó su libro *The Psychology of Social Norms* (en 1936), un capítulo; capítulo que se refiere a los “factores sociales de la percepción”. Ese capítulo, fue resumido en seguida en una obra escrita en colaboración con H. Cantril sobre *The Psychology of Ego Involvement* (1947). Ni las experiencias de Bruner y Geodman (1947) ni las de Levine, Chaine y Murphy (1942) ni muchas otras que conciernen a los aspectos sociales de la percepción, ni incluso los nuevos datos de la etnología referentes a las variaciones de las percepciones visuales y auditivas entre los indígenas de las Trobriand, de Nueva Guinea, de Melanesia, etcétera (debidas a Malinewski, Margaret Mead y otros), han logrado llamar suficientemente la atención hacia este problema. Es indudable que esto depende de que las experiencias y los datos etnológicos mencionados siempre han sido interpretados como si se tratara de percepciones individuales, que han estado guiadas por normas sociales, al mismo tiempo que han sido deformadas por emociones sociales, y nunca han sido tratadas como percepciones colectivas de los grupos y de las sociedades.

Desde este punto de vista, el libro de Krech y Crutchfield *Theory and Problems of social Psychology*, 1948 (cuya traducción francesa apareció en 1952) representa un paso adelante, tanto por la importancia que se le atribuye al aspecto social de la percepción (ya que se le consagran dos capítulos) como por la forma en que se destaca una doble constitución, según la cual: por una parte, las actitudes sociales dependen de la percepción y, por otra parte, los contenidos mismos de la percepción están penetrados y dominados por las significaciones sociales unidas a las obras de civilización. Sin embargo, se les puede y se les debe reprochar a Krech y Crutchfield el no haber llegado a las percepciones colectivas propiamente dichas; el no haber precisado que en estas percepciones figuran las extensiones y los tiempos; el haber confundido, por su culturalismo exagerado, las percepciones —en cuanto estados mentales— con el conocimiento perceptivo fundado en enjuiciamientos. No sigue siendo menos cierto que, más que todos los demás autores estadounidenses, ellos se han aproximado a la idea de una vinculación entre percepción y marcos sociales que tienden a servir de criterio de selectividad y de base, incluso de la percepción. Lo que les ha faltado, sobre todo, es tener conciencia de la multiplicidad de los marcos sociales y de la variación de las percep-

ciones (simultáneamente colectivas, interindividuales e individuales) en función de las manifestaciones de una realidad social en la que se realizan y de la que forman parte.

Sea como fuere, ha sido después de la intervención de Krench y de Crutchfield cuando el problema de la percepción y sus marcos sociales ha empezado a adquirir derecho de ciudadanía en los manuales estadounidenses. Citemos, como ejemplo, la 3ª edición de las *Readings in Social Psychology* de Newcomb, Hartley y Maccohy, aparecido en 1958; la nueva edición de *Social Psychology* (1957) de Otto Klinberg (traducción francesa 1959, pp. 229-246) y, finalmente, la obra colectiva *Social Psychology through Experience* (bajo la dirección de G. Humphrey y M. Argil, publicada en 1962) que se inicia con un capítulo sobre “la percepción social” de Tafel.¹⁰ Todas estas exposiciones son criticables en múltiples aspectos; pero, lo interesante es que no se llega ya a evitar el tema y que la tendencia a colocarlo en primer plano comienza a manifestarse.

Tras esta breve revisión histórica que nos ha permitido situar la discusión, podemos abordar la exposición sistemática del problema de las percepciones colectivas de las extensiones, tal como nosotros lo concebimos. Se tratará: 1º, de precisar lo que entendemos por *extensión*; 2º, de distinguir los géneros posibles, así como, 3º, de analizar la especificidad de la percepción de las extensiones en relación con la de los tiempos. Se tratará, igualmente, de mostrar cómo se combinan estas dos percepciones, por lo menos en las unidades colectivas relacionadas con la realidad histórica o prometeana. Procederemos, en seguida, a un examen abreviado de las variaciones de las percepciones colectivas de los diversos géneros de extensión, en función, *a*) de las manifestaciones de la sociabilidad; *b*) de los agrupamientos particulares; *c*) de las clases sociales; *d*) finalmente, de las sociedades globales y de sus estructuras.

I. *La extensión; sus géneros y la especificidad de sus percepciones*

Bergson ha definido la extensión (*étendue*) concreta, distinta de su cuantificación como espacio, como ex-tensión (extensión); como algo opuesto a la *tensión* característica de los diferentes grados del tiempo cualitativo o duración (*durée*). No se podría tratar —aquí— sino de una indicación previa, puesto que no se ponen suficientemente de relieve los puntos de diferencia, pues si se puede definir el tiempo, de un modo puramente descriptivo, como “una coordinación o un decalaje de los movimientos

¹⁰ Pp. 20-52.

irreversibles que duran en la sucesión y se suceden en la duración”,¹¹ se debe encontrar una descripción que sea tan explícita como esa misma descripción, de lo que es la extensión. Se llegaría, entonces, a la siguiente fórmula: *La extensión es una coordinación o un decalaje de los puntos yuxtapuestos, extensibles y reversibles que coexisten simultáneamente.* Podría objetarse a esta definición, el que la yuxtaposición de los puntos presupone ya la extensión que aquí se trata de definir. Pero, una crítica como ésta no sería exacta sino en forma parcial, porque la *reversibilidad*, la *simultaneidad*, la *extensibilidad*, así como la posibilidad de *estrechamiento* o *apretamiento* precisan bien qué es lo que se entiende por “puntos yuxtapuestos”.

Pero, para ir hasta el extremo de esta definición, hay que agregar un punto esencial. La multiplicidad de los tiempos es una realidad, independientemente de cualquier toma de conciencia. En efecto, los movimientos irreversibles y variados son reales con anticipación o antes de que se produzca cualquier intuición, percepción, simbolización, conceptualización, o cualquier otra cosa parecida... No ocurre lo mismo con la pluralidad de las extensiones.

La extensión en la que están colocados tanto el mundo exterior como el mundo social, en cuanto *realidad* independiente de cualquier toma de conciencia, no puede ser sino una *extensión única*. Cualquier otra interpretación introduciría una mística de varios mundos visibles e invisibles. La diversidad de las extensiones no podría ser admitida, por tanto, sino como resultante de la intervención de las diversas percepciones, simbolizaciones, conceptualizaciones, etcétera. Eso no quiere decir que los géneros de las extensiones estén desprovistos de toda realidad. Sólo que no se trata de la realidad plena de la extensión, sino de las perspectivas en que la sitúan las diversas tomas de conciencia. Estas perspectivas no son ilusiones, en cuanto constituyen vías de aproximación hacia la extensión real única. Es por esto por lo que, en tanto los géneros de los tiempos —en particular de los tiempos sociales tal como los hemos distinguido en nuestros trabajos precedentes— han podido ser considerados, en primer término, como independientes de la manera en que son percibidos, a la inversa, los géneros de las extensiones, que vamos a precisar, son inseparables de sus percepciones; y eso, sea que se trate de las extensiones sociales o que pura y simplemente, se trate de las extensiones del mundo exterior. En los

¹¹ Cf. *Nuestra Vocation Actuelle de la Sociologie*, vol 2º 3ª Ed., 1963, en el capítulo consagrado a la “Multiplicidad de los Tiempos Sociales”. Este capítulo, completado, ha aparecido como libro, en inglés, con el título de: *The Spectrum of Social Time*. D. Reidel Publishing Co., Dordrecht, Holanda, 1964.

dos casos, las extensiones diversificadas no son sino vías que conducen a la extensión real única.

Por tanto, si volvemos a tomar nuestra definición, para completarla, habrá que decir: se trata *de la coordinación o del decalaje de los puntos yuxtapuestos, extensibles y reversibles que coexisten simultáneamente y que se diversifican por la toma de conciencia de sus diferentes perspectivas sin perder contacto —incluso aunque sea relativo— con la extensión real única.*

Podemos abordar ahora el problema de los géneros de las extensiones. Aunque Jean Piaget, en su libro *La Représentation de l'Espace chez l'Enfant* (1948), permanezca fiel al término “espacio” que emplea en lugar del de “extensión” (*étendue*) que es el que aquí se impone (pues no se trata de cuantificación), y aunque limite el problema a la psicología del niño, ha propuesto ciertas distinciones de entre las que algunas podrían ser utilizadas para nuestro fin. Piaget propone la siguiente clasificación que, según él, correspondería a las etapas de crecimiento en el niño:

- a) La extensión *ántica* que se identifica con el sujeto.
- b) La extensión *egocéntrica* limitada a lo que rodea al sujeto.
- c) La extensión *proyectiva* que se alarga considerablemente y que admite una diferenciación de aspectos, pero en la que la emotividad continúa predominando.
- d) Los pasos, por etapas, de la extensión proyectiva al *espacio euclidiano*, o sea, cuantificado.

No podemos retener este último rubro, pues tiene que ver con extensiones *conceptualizadas* y no con extensiones *percibidas* directamente, y no considera marcos sociales que puedan incitar a diferentes medidas de estas extensiones. Por lo contrario, cabe retener los tres primeros géneros, a los cuales los completaremos con uno más, el cuarto: *la extensión prospectiva* que, al marchar en varias direcciones, se aproxima más a la extensión real única.

La distinción entre *extensión ántica*, *extensión egocéntrica*, *extensión proyectiva* y *extensión prospectiva* es aplicable, enteramente, a las variaciones de las percepciones colectivas de las extensiones, cuando se relacionan dichas variaciones con los diferentes marcos sociales. El criterio de esta distinción reside en el carácter cada vez más alejado de la emotividad y de la subjetividad, simultáneamente colectiva, interindividual e individual.

Pero, la distinción de los marcos de la extensión también puede hacerse de acuerdo con otros criterios: dos de ellos nos parece que se imponen en el estudio que hemos emprendido. Proceden, por una parte, de ciertos niveles de profundidad de la realidad social, susceptibles de tener lugar en ella, así como de actividades colectivas diversificadas que en ella se ejercen y, por otra parte, provienen del mismo carácter de la extensión considerada desde el ángulo de su cohesión.

De acuerdo con el primer criterio, se impone la distinción entre los siguientes géneros de extensiones:

1. Extensión morfológico-ecológica, en la que entran todas las exteriorizaciones de las unidades colectivas profundamente penetradas por sus acciones.
2. Extensiones de los aparatos organizados, en las que encuentran sus límites.
3. Extensiones de los modelos y de los símbolos; por encima de las cuales éstos no son válidos.
4. Extensiones ligadas a las actividades colectivas diferenciadas (tales como las actividades técnicas y económicas, las actividades políticas, las actividades religiosas, etcétera). Estas actividades llenan estos géneros de la extensión.

De acuerdo con el segundo criterio, se impone la distinción entre los siguientes géneros de extensiones:

1. Extensiones difusas sin contorno preciso.
2. Extensiones concéntricas, replegadas sobre sí mismas.
3. Extensiones que se amplían o des-aprietan y que se estrechan o aprietan sin dificultad.

Nos falta sitio para examinar de cerca si, entre las tres clasificaciones de los géneros de extensiones (propuestas por nosotros) no hay, a veces, algunas coincidencias susceptibles de reducir su número. Citemos solamente algunos ejemplos: la *extensión prospectiva*, normalmente, es una extensión que se desaprieta o amplía y se aprieta o estrecha sin dificultad; las extensiones *ánticas* son, simultáneamente, casi siempre, *concéntricas*; finalmente, las extensiones de los aparatos organizados son, habitualmente, extensiones proyectivas.

Para terminar nuestros análisis previos, nos queda por precisar un solo punto, que es, por otra parte, particularmente complejo: el de la combinación de la percepción de las extensiones con la percepción de los tiempos en la realidad social y, más precisamente, en el círculo más estrecho que le es propio: la realidad histórica. Ciertos niveles de profundidad de la realidad social, tales como los papeles sociales, las actitudes colectivas, las efervescencias innovadoras, las ideas y valores colectivos, y los actos mentales —finalmente— que no pueden inscribirse directamente en las extensiones, favorecen la percepción de los tiempos diversos, en detrimento de la percepción de las extensiones. En la realidad histórica, el tiempo de golpeo irregular entre retardo y avance, el tiempo que se adelanta a sí mismo y, finalmente, el tiempo exclusivo de la creación (que disuelve el pasado y el presente en el porvenir) son, todos, géneros de tiempo que empujan más o menos en un sentido que favorece el predominio de la percepción de los tiempos sobre la percepción de las extensiones. A la inversa, los tiempos de larga duración, que se adelantan a ellos mismos, los tiempos de “danza en un mismo sitio” (tiempos circulares), dejan que fácilmente predomine la percepción de las extensiones sobre la percepción de los tiempos y, con máxima frecuencia, sirven para enmascarar esta situación. Por tanto, entre la percepción de las extensiones y la percepción de los tiempos, existe una dialéctica compleja, que no podemos desarrollar aquí. Bástenos señalar que la percepción de las extensiones y la de los tiempos tan pueden combinarse, y unificarse incluso, como pueden dañarse y entrar en lucha; bástenos indicar que en función de los marcos sociales y de las coyunturas, pueden tan hacerse polares como pueden volverse complementarias, etcétera . . . pero, hay que señalar también que sus relaciones siempre permanecen tensas y ambiguas, incluso cuando logran entrar en reciprocidad de perspectivas.

En la exposición que vamos a iniciar sobre las variaciones de las percepciones colectivas de las extensiones en función de los marcos sociales, deberemos considerar —incluso aunque no podamos insistir en ello— esta complejidad de las relaciones entre percepción de las extensiones y la percepción de los tiempos.

II. Las manifestaciones de la sociabilidad y las percepciones colectivas de las extensiones.

Los marcos microsociales son como todas las demás unidades colectivas, fenómenos sociales totales y no se les puede reducir —cosa que se hace con frecuencia y en forma incorrecta— a la pura vida síquica. Pero, como implican ésta, pueden servir de foco a las percepciones

colectivas de las extensiones. Es evidente que estas percepciones sufren la influencia de los marcos macrosociales (grupos, clases y sociedades globales) en los que se integran y a los que influyen a su vez. Esto justifica un examen de las tendencias generales de las diversas unidades microsociales, en el dominio que nos interesa. No nos detendremos sino en los tres grados de intensidad de las fusiones parciales (masas, comunidades, comunicaciones), sacrificando las relaciones con los demás (interindividuales e intergrupales); con todo, sería tentador examinar igualmente estas últimas, tanto más cuanto que los grados de aproximación y de alejamiento pueden implicar, con otros varios, un aspecto espacial, tal como resulta de los mismos términos empleados.

Las masas

Éstos Nosotros, en los que la participación en la fusión se reduce al mínimo, y en los que la atracción ejercida por el conjunto es débil, en tanto que la presión ejercida sobre los participantes es fuerte, perciben las extensiones en forma diferente, según sean *pasivos* o *activos*. En el primer caso, predomina la percepción de extensiones áuticas, frecuentemente ligadas a extensiones simultáneamente egocéntricas y proyectivas, a extensiones difusas y, finalmente, a veces, a las extensiones de los modelos. La intensidad de las extensiones áuticas y egocéntricas, así como la de su carácter difuso, percibidas por las masas, dependen tanto del grado de emotividad de éstas como del aspecto bajo el cual se produce su fusión. Si se trata, por ejemplo, de una masa de desempleados, las extensiones percibidas estarán ligadas al temor y a la angustia, a las necesidades más urgentes que quedan para ellos sin satisfacer: el hambre y la búsqueda de empleo. Si se trata de una masa de xenófobos o de racistas, las extensiones percibidas estarán ligadas al odio, al deseo de dominar, al de establecer una segregación, o en caso dado, al de exterminar. Por el contrario, si se trata de una masa de gente que habla y lee la misma lengua, o incluso de la masa de espectadores de la televisión, la percepción será simultáneamente menos emotiva y más favorable a las extensiones proyectivas y a las de los modelos y los símbolos. Las masas pasivas, en todas sus manifestaciones, viven en el presente más que en el pasado en el que el primero es proyectado, y no se orientan hacia el porvenir. Es por esto por lo que, en su percepción del tiempo, predominan los tiempos de larga duración, de retardo sobre sí mismos o de danza en el mismo sitio, los cuales, al facilitar la primacía de las percepciones de las extensiones sobre las de los tiempos, no intervienen directamente en la diversificación de las primeras.

La situación cambia considerablemente cuando las masas se vuelven

activas. Su percepción de las extensiones está orientada fuertemente en función tanto del carácter de sus actividades como de su percepción de los tiempos. Las extensiones proyectivas predominan sobre las extensiones áuticas y egocéntricas que las vienen a reforzar. Las extensiones ligadas a las actividades económico-técnicas, políticas, religiosas, etcétera, son favorecidas. Las impacencias e iniciativas de las masas activas les hacen percibir el tiempo que se adelanta a sí mismo (que es, entre otros, el tiempo de las utopías y de los mitos, en el sentido soreliano de este último término), y también, el tiempo explosivo de la creación, real o imaginaria. Tal es el caso de las masas revolucionarias y, más ampliamente, el de las masas en éxtasis. Tal percepción del tiempo actúa sobre la percepción de las extensiones a la cual diversifica y tiende a dominar. Dicha percepción lleva a separar, por ejemplo, las extensiones percibidas, en zonas amistosas y hostiles, según favorezcan la acción mencionada o la resistan. Sean activas o pasivas, las masas no son, por tanto, focos de percepción profundizada de la extensión real.

Las comuniones

Estos Nosotros, en los que la participación en la fusión y la atracción ejercida sobre los participantes alcanzan su máximo, en tanto que la presión ejercida se reduce al mínimo, no son en mayor grado, focos u hogares predilectos para la percepción de las extensiones que se aproximan a la extensión real. Las comuniones, sean activas o pasivas (pues aquí la diferencia sólo tiene una importancia relativa) tienden a replegarse sobre sí mismas, a encerrarse así del mundo exterior e incluso del mundo social al que pertenecen. Las extensiones que perciben se identifican con las personas que comulgan con los ritos, modelos, signos, símbolos que utilizan para esta comunión. Por esta razón, las extensiones percibidas por las comuniones son, en general, esencialmente áuticas y egocéntricas y apenas llegan a las extensiones proyectivas. Son, igualmente, extensiones que están ligadas frecuentemente a la validez de los ritos y de los símbolos. Finalmente, son extensiones más bien concéntricas. Puede hablarse, entonces, de comuniones que tienden a percibirse, ellas mismas, y a cerrarse a cualquier otra percepción. La manera en que la comunión percibe los tiempos, confirma esto: en ella predomina, en efecto, la percepción del tiempo cíclico, especie de danza en el mismo sitio, de acuerdo con la cual, bajo una precipitación aparente, se produce un eterno retorno. La percepción de este tiempo, favorece el predominio de las percepciones de las extensiones sobre la percepción de los tiempos, sin modificar por ello el carácter de las primeras. El único caso excepcio-

nal es el de la comunión racional de sabios e investigadores; comunión que no sólo puede lograr romper el círculo concéntrico en el que sus percepciones se encierran sino que, incluso, puede enriquecer la visión del mundo exterior y del mundo social.

Las comunidades

Estos Nosotros, en los que la intensidad de la fusión y la participación de los miembros y en que la presión y la atracción que ejercen unos sobre otros son medios y se corresponden, se encuentran, en cuanto focos de la percepción de las extensiones, en una situación mucho más favorable que las masas y las comuniones. Las comunidades son las manifestaciones más coherentes de la sociabilidad, y son también, por esta razón, las más duraderas; son —igualmente— las manifestaciones más frecuentes, en cuanto a su actualización en el interior de los grupos y de las sociedades globales (de las que sufren frecuentemente una influencia considerable). Finalmente, en mayor grado que las masas y las comuniones, son favorables a la coloración intelectual de su vida mental, y tienden frecuentemente hacia lo racional. Todos estos rasgos conducen al hecho de que las comunidades —sobre todo, las comunidades activas— consideradas como marcos de las percepciones colectivas de las extensiones estén en situación privilegiada y sean mucho más extravertidas que los otros Nosotros. En la percepción de las comunidades, aparecen las *extensiones* prospectivas, en tanto que las extensiones áuticas, egocéntricas e incluso proyectivas, se batan en retirada. Igualmente, es en estas percepciones donde las extensiones que se amplían y se estrechan sin dificultad, se vuelven propiamente extensibles y bien delimitadas. Finalmente, las percepciones colectivas propias de las comunidades hacen surgir las extensiones morfológico-ecológicas, las extensiones de las organizaciones y de los modelos, las extensiones de las actividades diferenciadas: técnicas y económicas, políticas, militares, etcétera. En conjunto, por su carácter, estas extensiones se prestan a la conceptualización, a la aplicación de medidas, a la cuantificación, finalmente, que sólo pueden dar los grupos, y —sobre todo— las sociedades globales, gracias a los patrones que establecen. La percepción del tiempo por las comunidades se orienta en el mismo sentido; lo que se propone es un tiempo ponderado y más bien continuo donde el avance y el retardo, el presente, el pasado y el porvenir tienden a equilibrarse. Este tiempo no resiste a la conceptualización, a la medida, a la cuantificación —finalmente— y por tanto, no entra en conflicto con la percepción de las extensiones. El hecho siguiente permite verificar lo que asentamos: en las sociedades globales, en las que han predominado las comunidades activas,

tales como las Ciudades-Estado antiguas o las sociedades del Renacimiento, las extensiones se han vuelto prospectivas; el mundo exterior ha sido redescubierto; se ha desapretado y alargado, al mismo tiempo que se ha realizado sin pena y sin destruir su gran atractivo, la cuantificación de las extensiones concretas.

III. *Los agrupamientos particulares y las percepciones colectivas de las extensiones*

Con los agrupamientos particulares entramos en el dominio de lo macrosocial. Para que pueda hablarse de grupo, se necesita que, en el marco social parcial, las fuerzas centrípetas predominen —al menos hasta cierto grado— sobre las fuerzas centrífugas; se necesita, igualmente, que los Nosotros que tienden a una cierta cohesión predominen sobre los Nosotros divergentes. La unidad del grupo es, por tanto, irreductible no sólo a sus niveles de profundidad sino aun a la pluralidad de manifestaciones de la sociabilidad susceptibles de actualizarse ahí. Es por eso por lo que todo agrupamiento es estructurable. Sin embargo, no todos los grupos están efectivamente estructurados. Así, los estratos económicos, los desempleados, los grupos de edad ligados a las generaciones, los públicos, los productores y los consumidores, de acuerdo con las circunstancias, o bien 1) pueden constituir grupos, o bien 2) reducirse a simples colecciones, pero sin estructurarse sino en raras ocasiones.

Los agrupamientos —unidades más complejas y más consistentes que los Nosotros— son, evidentemente, más que estos últimos, focos de percepciones colectivas de las extensiones. Cada uno de ellos percibe el mundo exterior y el mundo social, colocados en las extensiones, bajo ángulos diferentes. Cada uno, además, coloca sus percepciones de las extensiones en escalas diferenciadas. En el límite, los agrupamientos fuertemente estructurados (como los agrupamientos reunidos en forma permanente, los agrupamientos de localidades, los Estados, las iglesias, etc.) pueden llegar a imágenes coherentes, pero divergentes, del mundo exterior y social colocado en las extensiones; en estas imágenes no entran solamente las percepciones, sino también los juicios colectivos, el conjunto constituyente de los “conocimientos perceptivos”; pero, esto rebasa nuestro propósito.

Con vistas al estudio de las percepciones colectivas de las extensiones, distinguiremos los agrupamientos¹² de acuerdo con la medida de su dispersión (agrupamientos a distancia; agrupamientos reunidos periódicamente; agrupamientos reunidos permanentemente) y de acuerdo con su fun-

¹² Para nuestra tipología general de los agrupamientos, que se basa en el empleo de quince criterios diferentes, consúltese el cap. v de *La Vocation Actuelle de la Sociologie*. 3ª Ed., 1963, vol. I, pp. 284-357.

ción (agrupamientos de parentesco, de fraternidad, de localidad, de actividad económica, agrupamientos místico-estáticos); estas distinciones nos parece que proporcionan marcos cómodos para estudiar —en los agrupamientos— las variaciones correspondientes de sus percepciones colectivas de las extensiones. No podremos proceder aquí en otra forma que no sea sino dando algunos ejemplos, puesto que este dominio es amplio y, además, no ha sido explorado jamás.

Entre los agrupamientos a distancia, tan frecuentes, no elegiremos sino un ejemplo: el grupo de personas de edades entre los 56 y los 80 años que, especialmente en Francia, no sólo es muy numeroso (23 a 25 por ciento de la población total), sino que aún se afirma como un verdadero grupo que manifiesta una tendencia a la estructuración. En este grupo, la percepción de las extensiones se caracteriza por los rasgos siguientes:

a) Polarización entre la percepción de las extensiones prospectivas y las extensiones proyectivas y egocéntricas las cuales son reforzadas y promovidas por la edad, por la colaboración afectiva de la angustia ante la enfermedad y la muerte; *b*) percepción de extensiones cada vez más cerradas que tienden finalmente hacia una percepción de la extensión concéntrica; *c*) percepción de las extensiones de la validez de los modelos adquiridos, frecuentemente en retirada con relación a los modelos de las nuevas generaciones, y de las extensiones ligadas a actividades diferenciadas cada vez más encogidas. La percepción del tiempo que se retarda respecto de sí mismo y del tiempo cíclico, se polariza con la del tiempo que se adelanta a sí mismo; polarización acentuada aún por el tiempo cuantificado que impone la sociedad global. Estas antinomias en la percepción de los tiempos vienen a reforzar las de la percepción de las extensiones. Hay, por tanto, todo un drama en la percepción colectiva de las extensiones, propio de las “gentes de edad”.

No mencionaremos sino de paso las percepciones colectivas de los agrupamientos profesionales que son, igualmente, agrupamientos a distancia; incluso cuando se reúnen periódicamente, no lo hacen sino tras largos intervalos (como ocurre con los miembros de la Barra, la orden de los médicos, los profesores de las facultades y de los liceos). Sus percepciones específicas de las extensiones son prospectivas, pero limitadas por las proyecciones ligadas a sus actividades. Las extensiones percibidas son medianamente ampliadas y evitan, por igual, lo concéntrico y lo difuso. Finalmente, en la percepción profesional de las extensiones, interviene la distribución local de los clientes, de los enfermos, de los establecimientos en los que se presta el servicio, etcétera.

Pasemos ahora a lo opuesto de los agrupamientos a distancia; es decir, a los agrupamientos reunidos permanentemente (familias conyugales, parejas, internados, conventos, unidades militares, celdas de prisión, prisiones enteras, campos de concentración, etcétera) *a*) estos grupos tienen tendencia a percibir colectivamente la oposición de las extensiones egocéntricas que les son propias y de las extensiones prospectivas que, situadas fuera de ellos, no les son siempre accesibles, pero que les tientan tanto más cuanto que su acceso les es difícil o incluso les está prohibido; *b*) las percepciones colectivas de estos agrupamientos proponen frecuentemente extensiones ligadas a la validez de los reglamentos, estatutos, modelos, usos, etcétera; *c*) finalmente, en la percepción de las extensiones por estos agrupamientos se combinan las extensiones concéntricas que les son propias y las extensiones difusas, extensiones de evasión, que les tientan.

Tomemos como ejemplo concreto las celdas de una prisión o de un campo de concentración. La percepción de las extensiones egocéntricas proviene, aquí, del aburrimiento, de la impaciencia por salir, de la angustia, reforzados por el recuerdo y a veces por la percepción directa de las extensiones prospectivas prohibidas. La percepción de las extensiones concéntricas está ligada a los reglamentos rígidos que contribuyen a intensificar aún la intensidad de las extensiones concéntricas. La percepción del tiempo de larga duración o del tiempo cíclico no aporta aquí ninguna modificación; el cambio puede venir, en caso de detención temporal, del tiempo cuantificado que, por ser impuesto desde fuera, no aporta menos un alivio de la percepción de las extensiones concéntricas; éstas se defienden entonces un poco para los prisioneros, por la espera de su alargamiento.

Abandonemos ahora el estudio de las percepciones que venimos haciendo de acuerdo con el grado de dispersión de los grupos, para examinar ahora su tipología de acuerdo con sus funciones. Detengámonos en los agrupamientos de localidad, por una parte (de los que un bloque constituye el Estado) y en las iglesias, por otra parte, en cuanto focos de las percepciones colectivas de las extensiones.

Los agrupamientos de localidad son siempre multifuncionales; es decir, tienen varias funciones que cumplir; así, por ejemplo, se tienen: la reglamentación y la política de buena vecindad, las actividades económicas y los reglamentos de las relaciones con los otros grupos locales. Además, normalmente tienden a favorecer la preponderancia de las comunidades sobre las masas y las comuniones. Sin embargo, sería erróneo aplicar directamente nuestras conclusiones por lo que concierne a las percep-

ciones colectivas de las extensiones tal y como las tienen las comunidades, a los grupos de localidad; éstos, en efecto, tienen cuadros mucho más complejos que las manifestaciones de la sociabilidad, a las que son irreductibles. Intervienen, aquí, muchos otros factores, comenzando por su estructura y su organización. Para estudiar los agrupamientos de localidades, en cuanto sujetos de las percepciones colectivas de las extensiones, no tomamos sino dos ejemplos: el de las aldeas, villas y ciudades de muy poca envergadura, y el del Estado.

Los agrupamientos de localidades de pequeña envergadura son los focos de las percepciones colectivas de toda una gama de extensiones. En primer lugar, se tiene la extensión proyectiva que parte del territorio local y frisa la extensión egocéntrica; es la extensión de los jardines, de los huertos, de los campos, de los bosques, de las rutas, en que entra el elemento de su productividad. Viene, en seguida, la extensión prospectiva; prospectiva en relación con la posibilidad de ampliación del territorio a los territorios de las localidades vecinas; en relación con los medios de locomoción que les unen a éstas, a las ciudades pequeñas más próximas que poseen mercados y, en último término solamente, a las grandes ciudades; con el Estado, con el mundo entero, finalmente. En función de los niveles de profundidad y de las actividades diferenciadas, la percepción de las extensiones morfológico-ecológicas viene en primer lugar, y es seguida de cerca por la de las extensiones de la organización administrativa local (estando todos los agrupamientos locales organizados en comunas o municipalidades e integrados en el Estado); viene, en seguida, la percepción de las extensiones de la validez de los modelos; de las extensiones, finalmente, de las actividades de producción agrícola y de comercio, que comprenden las entregas a los mercados más próximos. Desde el punto de vista de su consistencia, las extensiones percibidas por los agrupamientos de localidades de pequeña envergadura, son una combinación compleja de extensiones que se amplían y se estrechan sin dificultad; de extensiones concéntricas y de extensiones difusas. En efecto, en la vida interna de estos agrupamientos predominan netamente las percepciones del primer género de extensiones; en las relaciones externas con los agrupamientos locales vecinos, predomina el segundo género; finalmente, en las relaciones con las grandes ciudades y el Estado (que sirven, sobre todo, de adhesivos) se acentúa el tercer género; es decir: las extensiones difusas.

Sin embargo, en la medida en que los medios técnicos de locomoción se perfeccionan incesantemente, en que la televisión comienza a penetrar en las aldeas y ciudades, la percepción de las extensiones concéntricas y,

sobre todo, de las extensiones difusas, marca un retiro claro en relación con la de las extensiones que se amplían y se estrechan.

Además, la percepción de las extensiones por los agrupamientos locales no resiste, sino en forma muy débil, la aplicación de medidas, no sólo específicas de las localidades y regiones sino, igualmente de los de medidas cuantitativas que provienen de los Estados y de las sociedades globales en que están integrados. Las percepciones de los tiempos: tiempo de larga duración, tiempo cíclico de las estaciones, de alternancia entre el adelanto y el retardo (los cuales no ofrecen sino débil resistencia a las medidas cuantitativas) no alteran, o casi no alteran, las percepciones de las extensiones por los agrupamientos examinados.

El análisis de las percepciones colectivas de las extensiones de las que son focos los Estados, por una parte, y las iglesias por otra, da un resultado mucho más variado.

Los Estados —esos bloques de agrupamientos de localidades— siguen siendo, como estos últimos, grupos multifuncionales y no supra-funcionales. Por tanto, no pueden ser identificados con las sociedades globales que, en tiempos modernos, corresponden a las naciones. En cuanto fenómenos sociales totales, los Estados son sociedades políticas que se expresan en estructuras particulares, y a las que se superponen aparatos organizados que poseen una coerción incondicional conocida por el nombre de soberanía política. Ni las sociedades políticas, ni sus estructuras, ni —finalmente— sus aparatos organizados poseen una competencia universal, incluso aunque lo pretendan. Su competencia —incluso en caso de que sea particularmente amplia— se les atribuye por la sociedad global que posee sólo la soberanía jurídica y busca mantener su soberanía social. Al mismo tiempo, como desde el nacimiento de la industrialización los Estados tienden a convertirse en instrumentos de dominación de clase, viven siempre —independientemente de las relaciones internacionales, para no hablar de su participación o falta de participación en los bloques— en un ambiente muy tenso, cargado de conflictos internos, como lo testimonian: por una parte, las luchas del Estado con los agrupamientos locales de diversas envergaduras (con inclusión de las grandes ciudades y las regiones); las tensiones entre los servicios públicos o entre ellos, en conjunto, y el ejército; los antagonismos entre los órganos legislativo, administrativo y judicial. Luchas de las que otro aspecto reside en las dificultades que surgen entre el Estado y los agrupamientos económicos, los sindicatos, las iglesias; todo esto para no hablar de las que provienen de las clases sociales que no están en el poder.

A esta complejidad le corresponde una complejidad igual de las percepciones de las extensiones, de las que es foco el Estado y que varían, además, en función de los diversos regímenes políticos. Estos últimos son tanto más democráticos cuanto que sus aparatos organizados son más abiertos a la penetración de las estructuras de las sociedades políticas y por sus intérpretes, así como de las sociedades globales subyacentes. Así, la monarquía liberal, la democracia popular, la tecnocracia burocrática (ligada o no con el fascismo), el colectivismo centralizador (a base de autogestión obrera) orientan de modo distinto las percepciones de los diversos géneros de extensiones y de sus combinaciones. Hay que agregar que los Estados tienen la tendencia a imponer imágenes coherentes del mundo exterior colocado en ciertas extensiones; imágenes fundadas en enjuiciamientos, y que provienen del conocimiento perceptivo preestablecido. Es, por tanto, de esta última de donde deben ser abstraídas las percepciones colectivas.

En estas condiciones, las características de las extensiones percibidas por el Estado son, necesariamente, a la vez, muy complejas y muy sumarias. Por cuanto el Estado se identifica con el territorio que ocupa, su percepción de la extensión es *ántica* (lo cual se acentúa particularmente en el caso del aislacionismo). En cuanto el Estado se opone a otros Estados en el exterior y a otros grupos integrados o no en su seno, su percepción de la extensión es *egocéntrica*. En cuanto se alía a otros Estados o entra en uno de sus bloques (o, por el contrario, se opone a ellos), su percepción de la extensión es *proyectiva* lo cual es igualmente cierto bajo el ángulo de su actividad militar, que incluye el lanzamiento de máquinas intercontinentales e interplanetarias. Finalmente, en cuanto el Estado se ocupa de los problemas del "arreglo del territorio", de la planificación parcial o total de la vida económica, de su participación en el "mercado común", de la colonización o de la descolonización, de la "competencia pacífica" o de la preparación de una agresión, o, incluso, de la consolidación de la paz, la extensión que percibe es, esencialmente, *prospectiva*. La jerarquía y la acentuación de estas cuatro extensiones percibidas varían de acuerdo con los regímenes políticos y las coyunturas.

En lo que se refiere a la percepción de las extensiones, la de la extensión morfológico-ecológica por una parte, y la de la validez de la organización y de los modelos, simbólicos o no, se encuentran siempre en primer lugar.

Finalmente, en la percepción de las extensiones distinguidas de acuerdo con sus caracteres propios, son las extensiones que se estrechan y amplían sin dificultad las que predominan; las extensiones concéntricas, por su

parte, son arrinconadas, sin que las difusas se perciban sino en forma ocasional ya sea en función de las aventuras coloniales en los países alejados y totalmente desconocidos, o ya sea en función de los conflictos violentos con Estados sometidos a regímenes políticos completamente heterogéneos e inspirados por ideologías opuestas.

La complejidad de las percepciones colectivas de las extensiones, característica del Estado, es intensificada aún por la intervención de los tiempos sociales múltiples, a pesar del predominio, en las situaciones habituales, de los tiempos ligados al presente y al porvenir a corto plazo. Para luchar contra esta complejidad, el Estado recurre a la cuantificación de las extensiones y de los tiempos. Establece en ellos diferentes patrones de medida, llegando a cuantificaciones diversificadas que, de acuerdo con la intensidad de las percepciones de las extensiones prospectivas y al ampliarse y al estrecharse sin dificultad, logran, en diferentes grados, unificar las extensiones concretas percibidas sin hacerlas desaparecer siempre.

Pasemos ahora a la percepción colectiva de las extensiones, de la que son foco las iglesias —esos agrupamientos principales místico-extáticos. Aunque en las iglesias, como en los Estados, haya que distinguir la sociedad religiosa (que no es sino una parte de la sociedad global) de su estructura y de la organización de ésta, y deba considerarse, además, que las relaciones entre la iglesia o las iglesias y el Estado varían de acuerdo con los tipos de sociedades globales (que van desde la fusión en las teocracias carismáticas a la separación completa en otros tipos), la situación relativa a las percepciones de las extensiones se encuentra simplificada aquí. En efecto, las extensiones percibidas por las iglesias dependen, siempre: en primer lugar, del carácter de los dogmas revelados y de las creencias; en segundo lugar, de la intensidad de las comuniones místicas que se actualizan en su seno; finalmente, de las estructuras y organizaciones apropiadas a los dogmas y a las creencias.

Nos limitaremos exclusivamente al ejemplo de las tres iglesias cristianas. De las tres, es la iglesia católica la que parece más propicia a las percepciones colectivas de las extensiones. Eso depende del hecho de que posee, a la vez: 1) los dogmas más racionalistas; 2) la estructura más fuerte; y 3) una organización, particularmente firme, cuya propulsión hacia la universalidad es más intensa. Pero conforme la iglesia católica se aproxima más a la universalidad, se debilitan más las comuniones que provoca, para extenderse en comunidades e incluso en masas de creyentes. Esta constatación ya podía hacerse en la Edad Media. En el momento en que la iglesia católica pretendía encarnar más totalmente

a la sociedad global y tener una competencia universal, no hacía otra cosa que manifestar —en realidad— su tendencia a convertirse en un Estado teocrático. El dicho, muy comúnmente extendido, de que “todos los caminos llevan a Roma” expresa la percepción de *extensiones proyectivas que tienen por centro al Vaticano*. Pero, esta percepción se combina con la percepción muy acentuada de extensiones *prospectivas*, que buscan: 1) la conversión de los infieles (de donde, entre otras cosas, las guerras de cruzada); 2) la reintegración de los ortodoxos; 3) la dominación de la cadena feudal y, más ampliamente, de todas las extensiones disponibles. En cuanto a la percepción de las extensiones distinguidas de acuerdo con las actividades diferenciadas, son las extensiones percibidas de acuerdo con la extensión de la organización de la iglesia y la validez de los ritos y símbolos, las que se encuentran en situación privilegiada. Finalmente, en la percepción de las extensiones que se distinguen de acuerdo con sus caracteres propios, es la percepción de las extensiones que se amplían y se estrechan en función de las circunstancias lo que domina aquí y acorralla claramente la de las extensiones difusas e incluso, la de las extensiones concéntricas. Estas últimas se refugian en los conventos y en las órdenes monásticas. La percepción del tiempo interviene apenas en el engranaje de las extensiones percibidas por la iglesia católica, pues se trata del tiempo cíclico o, en rigor, del tiempo de alternancia entre adelanto y retardo, que se contrabalancean —ambos— por la eternidad, por una parte, y por las extensiones percibidas, por la otra.

No ocurre lo mismo, en forma alguna, con la iglesia ortodoxa. De acuerdo con los dogmas ortodoxos, las “percepciones de las extensiones deberían borrarse ante la fe”. La realidad del mundo exterior colocado en las diversas extensiones es completamente secundaria, y no se justifica sino por la intervención de la humanidad y de la sociedad que, bajo la égida del Espíritu Santo ayudan a Dios en la creación del mundo. Además, la estructura, e incluso la organización de la iglesia ortodoxa son muy poco rígidas y admiten variadas interpretaciones (que van desde una gestión democrática realizada por la asamblea de todos los creyentes o, por lo menos, de todos los sacerdotes, hasta llegar incluso al *cesaropapismo* bizantino, pasando por los sínodos elegidos o nombrados). Hay que agregar aún la multiplicidad de las iglesias ortodoxas y la gran dispersión de los ortodoxos en el mundo. En función de todos estos elementos, las extensiones percibidas por las iglesias ortodoxas forman una trama compleja en la que se entremezclan extensiones difusas, extensiones prospectivas y extensiones de validez de los ritos y símbolos. Estas tres extensiones percibidas están unificadas tan sólo por la creencia en el Espíritu

Santo, que, con el concurso del esfuerzo colectivo humano, eleva hacia Dios el mundo exterior colocado en estas extensiones. En esta percepción de las extensiones, la percepción de los tiempos (con inclusión del tiempo que se adelanta a sí mismo y del tiempo de la creación siempre continuada del mundo exterior y de la sociedad) desempeña un papel considerable, pues contribuye a la diversificación de las extensiones.

La observación de las diversas iglesias protestantes permite hablar de que existe un rechazo consciente en cuanto a admitir las percepciones de la extensión que tienen como foco a la iglesia. El culto de la pura interioridad, de la fe; la creencia en que Dios no es accesible sino a la conciencia individual o, en ocasiones, incluso, que es immanente, les llevan a considerar toda extensión como laica y profana. La contrapartida de esto, el contragolpe, hace que, en la vida corriente, se facilite el predominio de las extensiones especializadas y cuantificadas, unificadas por el Estado.

IV. Las percepciones colectivas de las extensiones por las clases sociales

Es tiempo de pasar, ahora, de los agrupamientos a las clases sociales, esos superagrupamientos de vasta envergadura, que representan macrocosmos de agrupamientos particulares; macrocosmos cuya unidad se funda en su suprafuncionalidad, su resistencia a la penetración por la sociedad global, la incompatibilidad que existe entre ellos, la fuerza de su conciencia colectiva, sus obras específicas de civilización. Las clases sociales no aparecen, efectivamente, sino en las sociedades industrializadas, en donde los modelos técnicos y las funciones económicas están particularmente acentuados. Marx y, antes que él, Proudhon tuvieron razón cuando insistieron en la "toma de conciencia de clase" como uno de los elementos constitutivos de la existencia de cualquier clase. No vieron, sin embargo, que la "conciencia de clase", ligada a una ideología, no recubre en forma alguna toda la riqueza de la conciencia colectiva de una clase y, con mayor razón, el conjunto de su vida mental. La psicología colectiva de las clases sociales, que implica toda una gama de matices emotivos (excitación, impaciencia, frustración, laxitud, seguridad, etcétera) y de estados mentales de coloración intelectual y volitiva, que cambian de acuerdo con las coyunturas, apenas si ha sido tratado, hasta hoy.¹³ En todo caso las percepciones colectivas de las diferentes clases sociales, y en particular la de las extensiones, jamás han sido tomadas en consideración.

¹³ Halbwachs ha sido el único en tratar este problema, pero lo hizo colocándose en el punto de vista de las necesidades, por una parte, y de la memoria por otra. Por su parte, Henri Lefebvre se ha ocupado del problema de la psicología colectiva de la burguesía, pero sólo desde el ángulo de sus reacciones mentales actuales.

Para facilitarnos la tarea, nos reduciremos a las tres clases que se distinguen habitualmente: la clase campesina, la clase burguesa y la clase proletaria, a las que agruparemos la clase tecno-burocrática nacional.

En lo que se refiere a la clase campesina, recordemos que la misma no se confunde en forma alguna con la población rural. Si en Francia, ésta parece dividirse en varias clases en formación, y en Gran Bretaña y en Estados Unidos de América ya no existe —de plena evidencia— una clase campesina, en ciertos países colectivistas —que, con todo, se supone han abolido las clases sociales— la clase campesina muestra tal capacidad de supervivencia que desempeña un papel que es imposible ignorar cuando se considera la evolución de estos regímenes. En los países de Latinoamérica (en Brasil particularmente) la clase campesina manifiesta una consistencia indiscutible. Como no es la forma específica de la propiedad agraria la que es característica de la clase campesina, ésta se define esencialmente por el trabajo directo de la tierra, por la superficie limitada de los terrenos disponibles y por una ideología particular. Esta última está constituida por una reserva con respecto a las grandes ciudades y su agitación, por una actitud de sospecha frente al Estado puesto que se juzga que la mayoría de los gastos es improductiva, y por un resentimiento en relación con otras clases: resentimiento respecto de la burguesía, en razón de lo exorbitante de los precios de los productos industriales; resentimiento respecto de los múltiples intermediarios (con inclusión de los comerciantes en artículos alimenticios y, sobre todo, de los comerciantes en animales) a quienes se ve peor aún. En los países colectivistas, la burguesía es reemplazada, en la conciencia de la clase campesina, por la tecnoburocracia; en particular, por los planificadores y otros funcionarios del régimen.

¿En qué consiste la percepción de las extensiones, característica de la clase campesina? En esta percepción se combinan, en primer lugar, extensiones egocéntricas y extensiones proyectivas. El elemento egocéntrico proviene del temor a la competencia y frente a los precios impuestos, así como de la inquietud con respecto a la fertilidad comparativa de los terrenos. El elemento proyectivo procede de la desconfianza que se siente hacia las grandes ciudades, hacia el Estado; de la desconfianza frente a la burguesía y frente a los intermediarios. Desde el ángulo de la percepción de las extensiones ligadas a las actividades globales o diferenciadas, la percepción de la extensión morfológico-ecológica se presenta en primer lugar; la sigue la percepción de las extensiones relativas al carácter de los trabajos agrícolas (cereales, plátanos, café, azúcar, etcétera) o de la cría de ganado; a la disponibilidad de los instrumentos de trabajo y

de los medios de transporte; las extensiones percibidas en función de las organizaciones y de los modelos son relegadas más bien —por su parte— a un segundo plano. Finalmente, desde el ángulo de la consistencia misma de las extensiones percibidas, son las extensiones que se amplían y se estrechan así como las extensiones difusas las que se combinan en la percepción de la clase campesina. El primer género tiene que ver con las tierras explotadas o susceptibles de ser abiertas al cultivo; el segundo género, con las grandes ciudades, con el Estado, con las otras clases sociales y, sobre todo, con los países extranjeros.

En conjunto, la percepción de las extensiones por la clase campesina, se encuentra bastante próxima de la percepción de las mismas por los agrupamientos locales de pequeña envergadura, con la diferencia de que es mucho más egocéntrica; de que está mucho más penetrada por una coloración emotiva, de que es mucho más desconfiada con respecto a otras unidades colectivas, así como respecto de las organizaciones; de que es mucho más favorable a las extensiones difusas; finalmente, de que es mucho menos capaz de dominar las extensiones percibidas, excepto en lo que se refiere a su entorno directo.

La clase burguesa es mucho más fácil de definir que la clase campesina aunque, de acuerdo con las épocas y las coyunturas particulares, haya desempeñado, en primer término, el papel de vanguardia revolucionaria, para llegar a ser, después, moderadora, conservadora, reaccionaria y, en el momento actual, en que está dominada por el gran temor a las revoluciones sociales, fascinante (dentro de diferentes matices propios del fascismo). Claro que la propiedad de los medios de producción, de las fuentes de materias primas y de los capitales financieros, no ha dejado de intervenir, junto con la propensión a dominar los mercados (interiores, coloniales, internacionales, “comunes”), como elemento constitutivo de la clase burguesa. Sin embargo, esta clase se ha abierto ampliamente a todos los agrupamientos prósperos (y hay que incluir entre ellos, al lado del patronato, a los magnates de las altas finanzas y del comercio de cierta envergadura, a las profesiones liberales, a los altos funcionarios y a la burocracia administrativa y técnica de las empresas industriales, de los bancos y, finalmente, de los *trusts* y de los *cartels*). Todos estos elementos desempeñan un papel predominante en la vida de la burguesía, en el momento del capitalismo organizado y dirigista. En la época del ensanchamiento de la clase burguesa, en el siglo XIX, los “grandes patrones”, buenos organizadores y calculadores, emprendedores clarividentes, generosos y filantrópicos, eran —igualmente— los representantes del estrato más afortunado de la burguesía. Si se exceptúa su

degeneración actual, esta última poseería una conciencia de clase optimista, caracterizada por la confianza en un “progreso técnico y económico” ilimitado; en la armonía de los intereses de todos, en la universalidad de los beneficios del capitalismo y de la civilización urbana. En contraposición con la conciencia de la clase campesina, replegada en sí misma, la conciencia de la clase burguesa pretendía prestarse a la difusión universal. Y ha sido, por mucho tiempo, la más “racional” y la menos “emotiva” de las ideologías de clase.

¿Cuáles son las repercusiones de estas tendencias generales sobre la forma en que son percibidas las extensiones por la clase burguesa? Es fácil constatar que la percepción de las *extensiones prospectivas* ha sido favorecida, lo cual se explica tanto más cuanto que corresponde a los intereses inmediatos de la burguesía: la expansión económica y el desarrollo de la técnica. En esta percepción, las *extensiones proyectivas* lo que hacen no es sino completar las extensiones prospectivas, y buscan, sobre todo, la conquista de nuevos mercados; en particular, los de los países colonizados o por colonizar. Desde el ángulo de las extensiones percibidas en función de las actividades globales o diferenciadas, las extensiones morfológico-ecológicas, dominadas por la investigación de la mano de obra, de las riquezas naturales (minerales, petróleo, carbón, hulla blanca, etcétera) ocupan el primer lugar, y se encuentran acompañadas por extensiones que son percibidas como colocación de capitales, como mercados, como extensiones de las organizaciones industriales y, más recientemente, como extensiones de los *trusts* y de los *cartels* nacionales e industriales. Desde el ángulo de la consistencia interna de las extensiones percibidas, es claro que son las extensiones que se amplían y se estrechan con dificultad las que hacen recular las extensiones concéntricas por una parte, y las difusas por la otra. La percepción de los tiempos, que gira en torno del tiempo de circulación de los capitales y de las inversiones, de la productividad de las empresas, de la duración del trabajo y de los cambios, se orienta en el mismo sentido que la percepción de las extensiones por la clase burguesa.

Dada esta tendencia general, no debe considerarse asombroso el que sea la burguesía la que, al dominar el Estado, le ha impuesto la cuantificación más fuerte y más eficaz de las extensiones y de los tiempos, ni que haya sido ella la que se haya mostrado más capaz de dominar las extensiones percibidas.

Se han necesitado: una resistencia cada vez mayor o creciente de la clase proletaria, de su movimiento sindical y de su movimiento político, por una parte y, las dificultades suscitadas por crisis económicas más

y más graves, las guerras de descolonización y el advenimiento de los regímenes colectivistas surgidos de las revoluciones socialistas, por otra, para que la clase burguesa, agriada y profundamente asustada, haya comenzado a percibir: extensiones difusas, por una parte; extensiones concéntricas, por otra. Las primeras, en función de las incertidumbres ligadas a su suerte y a su orientación; las segundas, relativas a la pertenencia a los “bloques” en conflicto.

La clase obrera o proletariado, que ocupa en la industria capitalista un sitio desfavorecido (en cuanto no posee propiedad productiva y no vive sino de su trabajo, calificado o no por una formación profesional) ha sido lenta para constituirse y para tomar conciencia de sí. Eso se debe al origen heteróclito de esta clase, surgida tanto de la población pobre de las ciudades como del artesanado arruinado y de las capas inferiores del campesinado. Su “toma de conciencia de clase” no data sino de principios del siglo XIX y se ha manifestado en las ideologías socialistas y colectivistas (con inclusión del marxismo de las diversas obediencias que seguidamente se vuelve dominante). La mentalidad y la conciencia colectivas del proletariado desbordan —claro está— su “conciencia de clase” propiamente dicha, pues implican, a más de las aspiraciones hacia el porvenir y la revolución social, la conciencia de las necesidades, de las decepciones sucesivas que ha experimentado; la conciencia de las laxitudes, de las inquietudes, de las divisiones internas, de la gris y prolongada indiferencia. Es que la clase proletaria puede entrar en conflicto con sus propias organizaciones, descorazonarse a causa de sus luchas intestinas y sentirse aplastada y traicionada por la nueva burocracia que administra sus aparatos. Incluso, las variaciones no sólo de la fuerza de las luchas de clases (que entraña un cambio tanto en las acentuaciones del elemento masa, comunidad y comunión como en la de la importancia de los grupos en su seno), sino las variaciones de forma de dichas luchas y —más recientemente— la aparición de una tendencia a constituir fracciones, si no a estallar y constituir varias “clases obreras” (entre las que se contaría la ligada a la automatización), complican considerablemente el problema de la psicología colectiva del proletariado.

Asimismo, al considerar este último como foco de las percepciones colectivas de las extensiones, lo único que podemos hacer es dar lo que es apenas un cuadro muy esquemático y general. En estas percepciones, las extensiones *proyectivas* que se refieren al porvenir así como el lugar de trabajo y los *habitats* propios de ésta y de otras clases, se combinan con las extensiones *prospectivas* en las que están colocadas las clases

proletarias de los otros países por un lado y, por otro, las clases hostiles. Las fatigas, las decepciones, las laxitudes, las indiferencias —finalmente—, arrastran al proletariado hacia la percepción de las extensiones *egocéntricas*. La acentuación de estas tres extensiones percibidas depende de las coyunturas. Desde el ángulo de las extensiones que se perciben en función de las actividades, las extensiones penetradas por el esfuerzo del trabajo, las extensiones de los desplazamientos hacia el lugar de trabajo y, finalmente, las extensiones de las organizaciones proletarias tienden a predominar sobre las extensiones morfológico-ecológicas, percibidas en función de la oferta y de la demanda de trabajo así como en función de sus tasas de retribución. En cuanto al carácter propio de las extensiones percibidas, las *extensiones concéntricas difusas y que se amplían* están en competencia, según que se trate del proletariado mismo, de las clases hostiles o de la sociedad futura, así como de acuerdo con las circunstancias. Las extensiones percibidas por la clase obrera sufren, además, fuertemente, la influencia de la percepción de los tiempos en que el porvenir tiende a predominar sobre el presente, y el adelanto sobre el retardo.

La clase virtual de los tecnoburócratas, que poseen un poder de decisión incontrolado, que hace sus competencias técnicas excepcionales independientes de los fines que deberían de servir, y cuya fuerza reside en su omnipresencia, que se extiende de las grandes empresas industriales, a la alta administración del Estado, a los organismos de planificación, a los estados mayores de los ejércitos modernos, encuentra un apoyo particular en los *trusts y cartels*, bajo el régimen del capitalismo organizado. En la percepción de las extensiones por esta clase, las extensiones se identifican con los motores y los aparatos organizados de que disponen. En principio, estas extensiones son únicamente *prospectivas*, ligadas con las actividades técnicas que se han hecho independientes, y están caracterizadas, finalmente, por su ampliación hasta el infinito. Pero, en realidad, estas extensiones-motoras, instrumentos de dominación sobre la totalidad de los simples mortales y sobre todos los mundos accesibles, desbordan la agresividad propia de estos nuevos aprendices de brujo, que ellas dominan. En efecto, los tecnoburócratas son víctimas de una ilusión; se encuentran comandados por las extensiones-motoras, así como por los tiempos que les son propios; y que ellos *creen dominar*. Partidarios encarnizados de la disolución de las extensiones concretas en una cuantificación espacio-temporal total, sus percepciones apasionadas ponen de relieve por sí mismas, las inevitables limitaciones.

V. *Las percepciones colectivas de las extensiones por las sociedades globales de diferentes tipos*

Como no se pueden establecer tipos de sociedades globales sin pasar por sus estructuras, y como estas estructuras, en el equilibrio de las múltiples jerarquías que ellas establecen, incluyen la de los diferentes géneros de conocimientos, aquí, más que para los Estados, las iglesias y las clases sociales, trataremos de abstraer las percepciones colectivas de las extensiones propiamente dichas, de las imágenes coherentes del mundo que se fundan sobre conocimientos perceptivos.

No tomaremos sino tres ejemplos, en razón del poco sitio que nos queda: el tipo de la ciudad antigua, el tipo de la sociedad feudal y el tipo de nuestra sociedad actual, que se encuentra en transición.

Como ya hemos tenido la ocasión de mencionar, las percepciones colectivas de las extensiones desempeñan un gran papel en la ciudad antigua, pues este tipo de sociedad, en lugar de replegarse sobre sí misma, es extravertida. La ciudad antigua está abierta hacia el mundo exterior colocado en las extensiones, y goza de sus percepciones. Las extensiones percibidas son *prospectivas*, de preferencia, pero se combinan con las extensiones *proyectivas* cuando se trata de pueblos desconocidos (en particular cuando se trata de bárbaros). Las extensiones *egocéntricas* intervienen cuando unas ciudades antiguas le hacen la guerra a otras o cuando entran en conflicto con los agrupamientos rurales, muy retardatarios en relación con las ciudades. En las extensiones percibidas de acuerdo con las actividades, predominan las extensiones ligadas al comercio marítimo de gran envergadura y a la implantación de colonias a veces alejadas, pero igualmente ligadas a la navegación. Las extensiones morfológico-ecológicas sólo vienen después, y pan subseguidas de las extensiones relativas a la actividad estética. En efecto, el sentido de la perspectiva, de la armonía y de la distancia llama la atención en el arte clásico; en particular, en la escultura y la arquitectura. Desde el ángulo del carácter interno de las extensiones percibidas, las extensiones concéntricas sólo eran características para los esclavos, que desempeñaban un gran papel en la vida rural. Las extensiones difusas no se percibían sino en función de las partes del mundo que seguían siendo inaccesibles.

Además, fue en las ciudades antiguas en donde aparecieron la conceptualización de las extensiones y su primera cuantificación (de la que el desarrollo de la geometría proporciona un testimonio notable). Las extensiones concretas que son percibidas por las sociedades globales no se oponen a esta conceptualización y a esta cuantificación; pero no se

dejan disolver por estas últimas. Los tiempos percibidos por estas sociedades (en los que predomina el adelanto en su lucha con el retardo) juegan en el mismo sentido.

Son muy diferentes las percepciones colectivas que, de las extensiones, tienen las sociedades de tipo feudal. Por cuanto estas sociedades poseen una cierta unidad —que es aquí muy relativa, puesto que en ellas compiten entre sí la cadena feudal, la cadena patrimonial, la iglesia, la federación de ciudades libres— la sociedad feudal, es esencialmente introvertida. En plena feudalidad, las percepciones de las extensiones no tienen sino un papel extremadamente reducido. Las extensiones percibidas ofrecen una combinación de las extensiones *egocéntricas* y de las extensiones *proyectivas*. Cada cadena proyecta sobre las otras sus propias percepciones de las extensiones, que están penetradas, además, por sus preocupaciones y sus emociones egocéntricas. Sólo las ciudades libres constituyen una excepción, y ponen de relieve —por su comercio internacional— la percepción de las extensiones *proyectivas*. Como ya hemos mencionado, esta percepción también es propia de la iglesia, aunque de una manera mucho más reducida. Desde el ángulo de la percepción de las extensiones que se ligan a las actividades globales o diferenciadas, las extensiones morfológico-ecológicas, las de las organizaciones y las de la validez de los modelos desempeñan un papel considerable; pero, la primera de estas extensiones percibidas se dispersa entre los agrupamientos locales. En cuanto a los géneros de las extensiones percibidas de acuerdo con sus caracteres internos, en las sociedades feudales las extensiones *con-céntricas* por una parte, y las difusas por otra, predominan claramente sobre las extensiones que se amplían y se estrechan sin dificultad. De ahí que, entre otras cosas, exista la conocida falta de perspectiva en la pintura de esta época. De ahí, igualmente, la disposición de las ciudades y de los burgos replegados sobre sí mismos, y el carácter de la arquitectura correspondiente. Sólo gracias a la acción de las ciudades libres, que triunfan con el Renacimiento, parece que la sociedad feudal en descomposición vuelve a encontrar las extensiones que se amplían y que se encuentran más próximas de la extensión en que está colocado el mundo real. El cuadro que acabamos de bosquejar está confirmado por la percepción de los tiempos propia de la sociedad feudal, en la cual predominan tanto el tiempo de paso o tránsito (*aeuum*) entre la eternidad y el tiempo de aquí abajo, como el tiempo cíclico. La intervención de estos tiempos no hace sino reforzar los rasgos de las percepciones de la extensión que nosotros hemos puesto de relieve y donde predomina el repliegue de esta sociedad sobre sí misma.

El tercer ejemplo que tomaremos aquí es el de nuestras sociedades actuales, en transición, en las que luchan varias estructuras globales posibles (capitalismo organizado, colectivismo centralizado o descentralizado, fascismo teocrático), pero que están fundados, todos, en una industrialización muy avanzada. En estas diferentes estructuras, las percepciones colectivas de las extensiones son muy distintas, en la misma forma en que son distintas las extensiones percibidas por los agrupamientos y las clases que forman parte de ellas. Estas percepciones de las extensiones tienen un rasgo común: el predominio de los intermediarios técnicos que las orientan; los medios de transporte (automóviles, motocicletas, aviones) y los de difusión (cinematógrafo, televisión, radio). Entre las extensiones percibidas y los sujetos colectivos se erige todo un abanico de instrumentos prefabricados. Si este abanico de instrumentos ayuda a percibir extensiones nuevas y a cuantificarlas, obliga también, al mismo tiempo, a que lo que se perciba de inmediato sean los instrumentos de la percepción. Las extensiones prospectivas tienden a predominar; pero, la prospección misma es, en gran parte, la que se debe a los instrumentos. También en las extensiones percibidas, que se distinguen en función de las diversas actividades, son las extensiones de las actividades técnicas las que ocupan el primer lugar y las que llenan las extensiones morfológicas, y si bien las extensiones que se amplían y se estrechan triunfan sobre las extensiones tanto difusas como concéntricas, se encuentran ligadas de tal modo a los motores, que tienden a volver a convertirse en extensiones concéntricas que rodean los motores, cortadas, unas de otras por extensiones difusas.

Es evidente que este análisis de las variaciones que se producen en las percepciones colectivas de las extensiones en función de sus marcos sociales, sólo ha podido quedarse en lo programático, y que por tanto, ha tenido que reducirse a ser, puramente, un esquema. Su única finalidad, por tanto, ha sido la de señalar que existe un amplio dominio —que aún no ha sido abierto— en el que se imponen las investigaciones empíricas. Es éste un dominio inmenso, cuyo estudio requiere la colaboración de los sociólogos, de los psicólogos, de los estetas y de los filósofos, y cuya importancia nos parece capital, no sólo para la psicología colectiva, sino para la sociología del conocimiento.